

**De la alta arquitectura:  
Un ensayo con base en las ideas de Vargas Llosa, Mario**  
Por Carmen Perdomo

Uno de los conocimientos básicos que se debe tener como alumno de una facultad de arquitectura es la definición de arquitectura en sí, una descripción por demás genérica, siendo el definirla una y otra vez, una tarea que te acompaña a lo largo de toda la carrera, llegando a tenerse de manera imperceptible, más de una definición en mente, con variaciones entre sí, hasta llegar un día, al terminar los estudios, en el que pueden pasar dos cosas, una, voluntaria o involuntariamente olvidarte al respecto, integrarte a la vida en la *praxis*, a diseñar y construir esa arquitectura que difícilmente puedes ya definir, para posteriormente, en segundo lugar y solo en algunos casos sentirte no solo completamente incapaz, sino totalmente ignorante y confundido sobre lo que realmente es arquitectura, y más importante que edificaciones adquieren el carácter de lo arquitectónico.

La existencia de esta inquietud puede fácilmente comprobarse, pero ya no necesariamente en un entorno laboral, pues a razón de comprenderlo y ampliarlo es necesario trasladarlo a un ámbito académico y de posgrado de diseño arquitectónico donde existen más de una visión y postura al respecto, no sólo entre los alumnos, sino también entre los profesores, pues la arquitectura como objeto de estudio está sujeta a una serie de propiedades que por sí mismas abren nuevos y polémicos debates al respecto.

Cuestiones como si la arquitectura es arte o no, o si lo arquitectónico es solo lo que alcanza estándares habitables óptimos; si el carácter de arquitectura está sujeto a los valores artísticos y estéticos o a la experiencia poética; si puede ser llamada arquitectura solo la de autor, o no si su autor es un ególatra que solo se preocupa por la forma, son algunos de los temas que no poseen verdades absolutas, incluso cuestiones más básicas pero a la vez mucho más complejas como la diferencia entre edificación y construcción, entre ocupante y habitante, si se habita al construir o se construye para habitar, son solo algunas de las muchas consideraciones que surgen.

Indagar al respecto es importante para todos los arquitectos, aunque como ya se dijo anteriormente, muy pocos saben o creen necesitarlo, aunque muy en el subconsciente siempre estará presente esta inquietud manifestada con dudas y cuestionamientos, sobre si tus soluciones en edificación, han sido las mejores y si por lo tanto tu obra sería digna de

llamarse arquitectura. La importancia de esto es vital, porque según la definición de arquitectura que se adopte y bajo la que se rijan tus acciones, así será la trascendencia positiva de la figura del arquitecto, el estudiado y el que no.

En este texto no se pretende llegar a una definición “correcta” o virtuosa sobre la arquitectura, porque como bien ya se dijo, no hay verdades absolutas para estos criterios, mucho menos se trata de realizar una crítica sobre los temas. Lo que se busca únicamente es traer un poco de luz al pensamiento, al propio y colectivo, haciendo un pequeño acercamiento, del brazo de la literatura y la filosofía, al diseño arquitectónico que genera la “buena arquitectura”, la que es capaz más que otra cosa de favorecer el habitar que enriquece al ser y la realización del mismo.

Mario Vargas Llosa en su libro *La civilización del espectáculo*, encuentra e ilustra una serie de problemáticas en la sociedad actual que de cierta manera han mermado también en el campo arquitectónico, menciona como “la ingenua idea de que, a través de la educación, se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo, -lo que llama-, alta cultura”<sup>1</sup>, señalando que este proceder democratizador universal de la cultura, solo puede ser posible empobreciéndola y volviéndola cada día más superficial; el impacto de este acontecer en el campo del diseño arquitectónico, es claro, se nos ha vendido la idea de que estudiando durante cinco años la licenciatura en arquitectura, nos dota de todos los conocimientos que la implicarían, cuando tal como explica Vargas Llosa, la universalización de la arquitectura, no ha hecho más que empobrecerla y estandarizarla, convirtiéndola en un objeto superficial y a sus autores en entes mecánicos y deshumanizados.

En este punto donde no hay consideración sobre la tradición, las comunidades y el estilo; mucho menos se toma en cuenta al individuo y su voluntad vital, pues tal como señala Nicolai Hartmann, “el individuo no puede soltarse arbitrariamente de esta sensibilidad, está apresado por ella como por una forma espiritual común, que piensa y actúa por él”<sup>2</sup>. Y luego nos sorprende, como gremio, el proceder de los ocupantes en las edificaciones, aún en las diseñadas por nosotros, las adecuaciones y remodelaciones, que generan una serie de quimeras, difíciles de comprender formal y espacialmente hablando, y

que son manifestación sincera de la morfogénesis cultural contemporánea y de las carencias de esta democratización de la arquitectura.

Aquí, en este momento exacto es donde se origina la polémica sobre lo que es arquitectura, los malos diseños del gremio ¿aún merecen ser reconocidos como tal?, mientras que las construcciones de los ocupantes ¿podrían alcanzar el carácter de lo arquitectónico con todo y sus limitantes?, a modo de confesión, puede decirse que no se tiene la respuesta a eso, existen una serie de fenómenos incomprensibles que surgen a partir de las construcciones, fenómenos sobre los que la autora de este texto no puede aún profundizar; pero cuya manifestación, evidente para todos los arquitectos, impacta positiva o negativamente en el pensamiento individual y colectivo.

Las edificaciones, de cualquier tipo, tienen una importancia vital en la condición humana, pues tal como lo señala Hartmann, “[...]todos necesitamos un techo sobre la cabeza, y podemos llegar a estar en un situación en que necesitemos construir: y tenemos que hacerlo aun sin ser artistas. El arquitecto medio no es tampoco artista. Sólo puede construir como se construye”<sup>3</sup>. Este precepto es importante para reconocer y hacer una introspección en nuestro proceder personal y como gremio, pues el hecho de identificarnos como arquitectos, no nos dota del carácter de artistas, donde lo importante será seguir una metodología del diseño capaz de acercarnos a la creación de una arquitectura que alcance los estratos más profundos de la obra arquitectónica, pudiendo tomar para ello como punto de partida, las ideas de Nicolai Hartmann en su tratado sobre estética.

Hartmann también señala como “el hombre construye su morada tal como se concibe a sí mismo, sus ideales”<sup>4</sup>, así que puede aludirse a eso la aparición de las peculiaridades en las construcciones de pueblos, ciudades y épocas, es significativo destacar la importancia de la vida en el diseño arquitectónico contemporáneo, dotando a toda edificación que se proyecte, en su contemplación y utilización diaria de una retribución a la confianza que se deposita en nosotros, buscando lograr y priorizar siempre, que lo habitable sea soportable y adecuado, para en palabras de Hartmann, “configurar en general formas que sean suficientes para un anhelo anímico superior, es decir, aquellas que expresan algo del ser anímico y de la postura interior”<sup>5</sup>, no sólo de sus creadores, sino de sus habitantes, buscando a través de esto el verdadero trascender de la arquitectura.

Por su parte Worringer expone como no existe un tipo absoluto de hombre, como no existe arte absoluto, señalando que “Lo único constante es la materia de la historia humana, la suma de las energías humanas.”<sup>6</sup> Dando así un carácter de infinito a todas las formas manifestativas resultantes. La arquitectura, debido a su carácter expresivo, se ve también permeada por esta premisa, dónde cada una de las construcciones arquitectónicas, jamás puede ser igual a otra, porque son necesarias tantas soluciones como hombres en la tierra,

Esta consideración en particular resulta enriquecedora e impactante, pues según la manera en que la arquitectura se ha universalizado, se le ha restado, no solo carácter artístico a las construcciones, sino además se les ha negado el enriquecimiento colectivo que surge de la individualidad, donde es imposible sumar objetivamente las energías humanas, pensando que todas ellas tienen el mismo valor.

Como conclusión, se retoman nuevamente algunas ideas de Vargas Llosa sobre la cultura y la poscultura, cuando los criterios actuales consideran cultura a la “suma de creencias, conocimientos, lenguajes, costumbres, atuendos, usos, sistemas de parentesco y, en resumen, todo aquello que un pueblo dice, hace teme o adora”<sup>7</sup>, conceptualización con la que Vargas Llosa no podría estar más en desacuerdo, pues aunque el propósito de esta ampliación de la cultura no podría ser más generoso, ha tergiversado la visión de lo culto y la adquisición de lo mismo, relegando a lo que en el pasado fue la cultura, a algo actualmente reconocido como “alta cultura”, aislándose a altas esferas intelectuales lo que un día fue toda “propensión a enriquecer al espíritu, esa sensibilidad y cultivo de la forma que da sentido y orientación a los conocimientos”<sup>8</sup>, en palabras de T. S. Eliot “todo aquello que hace de la vida algo digno de ser vivido”<sup>9</sup>.

Con la arquitectura sucede lo mismo, la posarquitectura nos ha envuelto en una serie de manipulaciones retóricas a través de la cual se perdió la definición de arquitectura, condenando a todos los que exploramos y diseñamos con criterios de habitabilidad distintos, con ideas desde las humanidades, a esferas intelectuales muchas veces incomprendidas y prejuizadas, provocando que nuestras construcciones, reales, virtuales e ideológicas no puedan fácilmente encajar en la arquitectura democratizada, haciéndonos en el rubro autores de “alta arquitectura”.

Lo anteriormente expuesto puede sonar pretencioso o discriminatorio, pero no ha sido la intención, sino únicamente tratar de comprender la polémica en torno a la arquitectura contemporánea, y más que otra cosa ponerle nombre al producto de la inquietud que genere las reflexiones de este texto. Poder llamarle de alguna forma, para distinguirla del resto, a la arquitectura cuya intención es “una aspiración a la trascendencia, es una apuesta a trascender”<sup>10</sup>, siendo esta, siempre, la motivación de la “alta arquitectura”.

---

<sup>1</sup> VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012. p. 15

<sup>2</sup> HARTMANN, N. *Estética*. UNAM, México, 1977, p. 257

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 149

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 249

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 255

<sup>6</sup> WORRINGER, W. *La esencia del gótico*. Fondo de Cultura Económica, México, p. 20

<sup>7</sup> VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012. p. 66

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 16

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 70

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 19

## **Bibliografía**

HARTMANN, N. *Estética*. UNAM, México, 1977. pp. 145-258

VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012. pp. 1-103

WORRINGER, W. *La esencia del gótico*. Fondo de Cultura Económica, México. pp. 13-20